

Apuntes sobre el movimiento contra la guerra

Barbara Epstein

El movimiento contra la guerra de Irak ha sido el mayor movimiento antiguerra jamás visto. Incluso en los Estados Unidos, donde la oposición a la guerra no fue tan grande como en muchas otras partes del mundo, las manifestaciones contra la guerra experimentaron un crecimiento asombrosamente rápido. Antes del comienzo de la guerra, las manifestaciones habían alcanzado una dimensión que, durante la guerra de Vietnam, se tardó años de organización en alcanzar. El movimiento contra la guerra, tanto en los Estados Unidos como en otras partes, fue además notablemente amplio en muchos aspectos. No sólo incluía a gente de izquierdas, a activistas antiglobalización y a organizaciones pacifistas, sino también a iglesias, a otras organizaciones religiosas, a sindicatos y a muchas organizaciones no asociadas con la izquierda. Y también incluía a una gran cantidad de gente que iba a las manifestaciones a título individual, más que como miembros de una organización, y que nunca antes habían participado en una protesta política.

El movimiento contra la guerra de Irak también fue internacional en una medida que ningún otro movimiento antiguerra lo ha sido. Hubo oposición

• Artículo publicado en *MR*, vol. 55, nº 3, julio-agosto de 2003, pp. 109-116. Traducción de Joan Quesada.

• Barbara Epstein enseña en el programa de Historia de la Conciencia en la Universidad de California en Santa Cruz. Junto a Mary Darnovsky y Richard Flaks, es editora de *Cultural Politics and Social Movements* (Temple University Press). Forma parte del consejo de directores de la Monthly Review Foundation.

a la guerra de Vietnam en muchos países, pero ésta estaba centrada en los Estados Unidos; el movimiento contra la guerra en los Estados Unidos tendía a ensombrecer cualquier otro movimiento antiguerra en otro lugar. Esta vez, no sólo la oposición a la guerra cobró dimensiones extraordinarias fuera de los Estados Unidos, sino que el movimiento en su totalidad se entendía a sí mismo como un movimiento internacional, hasta el punto de que las protestas llegaron a estar internacionalmente coordinadas. El carácter internacional del movimiento contra la guerra ayuda a explicar una de las diferencias entre el movimiento contra la guerra de Irak y el movimiento contra la primera Guerra del Golfo, en 1991. En aquel caso, hubo fuertes protestas hasta el momento en que dio comienzo la guerra, momento en el que la opinión pública norteamericana se volvió decididamente favorable a la guerra y el movimiento contra ésta quedó hundido. Esta vez, las protestas se han mantenido hasta bien entrada la guerra. La energía de las protestas internacionales fue sin duda un factor importante a la hora de que perduraran las protestas dentro de los Estados Unidos, aun cuando los medios de comunicación y la opinión pública estaban evolucionando hacia un apoyo sin fisuras a la guerra.

Otro de los puntos fuertes del movimiento contra la guerra fue la sofisticación de sus puntos de vista, sobre todo si se lo compara con anteriores movimientos antibélicos. Los opositores a la guerra de Vietnam estaban divididos acerca de sus causas. Muchos de los que se oponían a la guerra creían que ésta era una aberración, un error, de un grupo en particular que estaba en el poder. Incluso dentro de la izquierda, entre los que sostenían que la guerra formaba parte de un sistema social, los que estaban dispuestos a llamar a ese sistema imperialismo eran sólo una pequeña minoría. El concepto de imperialismo se identificaba tanto con la extrema izquierda que muchos de los que pensaban que la guerra era el resultado de un sistema imperialista evitaban usar la palabra. Después de la guerra de Vietnam, el uso de la palabra «imperialismo» siguió siendo impopular, incluso para la izquierda. Pero en el actual movimiento contra la guerra, la comprensión de la guerra de Irak como una guerra imperialista ha sido algo muy extendido. Ha sido así, en parte, porque en la actualidad algunas personas de derechas están defendiendo abiertamente una política de imperialismo. Pero también refleja que dentro del movimiento contra la guerra está bien extendida la idea de que el ataque a Irak forma parte de una agenda más amplia de dominio del mundo.

Los organizadores antiguerra señalan que las protestas contra la guerra se basaron en la comprensión por parte de la gente de lo que la guerra implicaba en términos más generales. Paul George, de la Coalición de la Península para la Paz y la Justicia, reunió a la Iglesia y a otros grupos religiosos para

que se opusieran a la guerra en las zonas residenciales del sur de San Francisco, mayoritariamente de clase media. Le pregunté qué es lo que llevó a la gente con la que trabaja a oponerse a la guerra: ¿fue que les preocupaba el impacto de la guerra sobre la economía doméstica, o el miedo a ataques terroristas en los Estados Unidos, o el miedo a la erosión de los derechos democráticos? Me contestó que la gente con la que trabajaba se opuso a la guerra por todos esos motivos y por algunos más. La guerra, me dijo, iba contra sus valores fundamentales. La veían como un modo de hacerse con el poder mundial, como un ataque a los derechos democráticos en los Estados Unidos y en el extranjero y como un peligro para las Naciones Unidas, para el orden internacional y para la paz mundial. La gente con la que trabajaba, decía George, veía la guerra de Irak como el primer paso de un plan para extender el dominio internacional norteamericano, cosa que ellos veían como algo temible y que consideraban moralmente abominable.

La explicación de Paul George de por qué la gente del movimiento contra la guerra se opuso a ésta coincidía con las impresiones de otros organizadores antiguerra con los que hablé. Jackie Cabasso, de la Red Popular de Respuesta No Violenta, una coalición de organizaciones contra la guerra de base principalmente confesional del área de la bahía de San Francisco, y Amy Newell, presidenta de Obreros de los Estados Unidos contra la Guerra, me dieron unas explicaciones similares de por qué sus miembros se oponían a la guerra. Esos y otros organizadores sostenían que la mayoría de las personas que se implicaron en el movimiento contra la guerra lo hicieron porque estaban convencidos de que las ambiciones internacionales de la Administración Bush hacían peligrar la paz, los derechos democráticos y la prosperidad en los Estados Unidos y en el extranjero. Se da por supuesto, en el movimiento contra la guerra, que la Administración Bush quiere tanto petróleo como poder, y que la cercana relación entre la Administración Bush y las compañías petroleras es uno de los factores que condiciona las actuaciones de la Administración. Dentro de los movimientos contra la guerra hay quienes evitarían la palabra «imperialismo», pero son pocos los que discutirían la idea de que la Administración Bush quiere que los Estados Unidos dominen el mundo, tanto económica como políticamente.

Los anteriores movimientos contra la guerra se han basado sobre todo en la oposición a guerras concretas. Todos los movimientos antiguerra del siglo xx en los Estados Unidos han contado con un pequeño número de pacifistas opuestos a todas las guerras y, en muchos casos, con un número mayor de socialistas opuestos al capitalismo y/o al imperialismo. Pero la composición mayoritaria de todos los movimientos contra la guerra han sido personas cuyas preocupaciones se limitaban a detener una guerra en con-

creto. El hecho de que fueran tantas las personas que se oponían a la guerra de Irak y que contemplaban la guerra en términos más generales supone un gran avance y da motivos para esperar que el movimiento antiguerra continuará después de la victoria estadounidense en Irak.

Junto a esos puntos fuertes, el movimiento contra la guerra también tuvo sus puntos débiles, que cabe que examinemos aquí si queremos proseguir con la oposición a la Administración Bush y a sus ambiciones. La debilidad más visible del movimiento norteamericano contra la guerra de Irak fue la escasa implicación de la gente de color, sobre todo de los afroamericanos. Según muchas encuestas, los negros se oponían a la guerra aproximadamente en el mismo porcentaje en que los blancos la apoyaban. En un determinado momento, unos dos tercios de los blancos apoyaban la guerra y unos dos tercios de los negros se oponían a ella. En otros momentos, la oposición de los afroamericanos a la guerra era aún mayor. Había afroamericanos en el movimiento contra la guerra, y entre sus líderes. Lo mismo puede decirse de otros grupos de color. Pero había una sorprendente contradicción entre la composición racial del movimiento contra la guerra y el desglose por razas de la oposición a la guerra.

El hecho de que el movimiento contra la guerra fuera primordialmente blanco es consecuencia de la división racial de la sociedad norteamericana, que es particularmente profunda entre negros y blancos. La profundidad de tal división hace que sea improbable que sean muchos los negros que deseen unirse a cualquier movimiento predominantemente blanco, aunque apoyen sus objetivos. Los movimientos progresistas cuyos miembros/líderes son predominantemente blancos deberían hacer cuanto pudieran por llegar a los afroamericanos y a otros grupos de color y alinearse con las organizaciones progresistas lideradas por gente de color. Las organizaciones predominantemente blancas también deberían examinar su cultura interna para ver si existen obstáculos a la participación de la gente de color. Los esfuerzos en esa dirección mejorarán el equilibrio racial del movimiento, pero no harán milagros. En Oakland, California, una coalición de grupos, afiliada a la organización nacional Unidos por la Paz y la Justicia, organizó una manifestación contra la guerra. Decididos a que su manifestación reflejara, al menos en cierta medida, la composición racial de Oakland, invirtieron grandes esfuerzos en llegar a los activistas locales de color, en publicitar la manifestación en los barrios de la localidad y en invitar a los activistas locales a hablar en la manifestación. Los esfuerzos dieron sus frutos: la manifestación contó con una mayor proporción de gente de color que las manifestaciones más grandes, con patrocinio nacional, de San Francisco. Pero si la manifestación de Oakland hubiera reflejado con exactitud el sentimiento antiguerra de Oakland, habría sido predominantemente afroamericana, y no lo fue.

También es importante recordar que las comunidades de color se han visto afectadas de forma distinta por el aumento de la represión policial en los últimos treinta años. Es mucho menor la proporción de jóvenes blancos que están bajo supervisión correccional, en libertad vigilada o en libertad condicional. La consecuencia de un arresto por un delito menor en una manifestación para alguien en libertad vigilada o condicional bien podría ser el encarcelamiento inmediato.

Uno de los peligros que plantea el desequilibrio racial del movimiento contra la guerra, y de los movimientos que probablemente vendrán a continuación, es que los activistas intenten afrontar el problema acusándose mutuamente de racismo. Entre los progresistas, las acusaciones de racismo tienen mucho poder. Nada tiene tantas posibilidades de destruir una organización, o de restar energía a una campaña, como un debate en tales términos. El desequilibrio racial del movimiento contra la guerra muy probablemente mejorará si se atiende a la extensión y a la creación de un entorno dentro del movimiento donde la gente de color y los blancos se sientan bienvenidos y se los trate con respeto. Como no es probable que esos esfuerzos transformen la composición racial del movimiento contra la guerra, también es importante apoyar las iniciativas autónomas de las comunidades de color. El hecho de que la gente de color se autoorganice en torno a las luchas antiimperialistas también aumentará las oportunidades de crear coaliciones más amplias, en las que la gente de color tenga un papel de liderazgo.

El movimiento contra la guerra no sólo era asimétrico en cuanto a la raza, sino también en cuanto a la edad. Había una cantidad significativa de gente joven en el movimiento. Aportaban entusiasmo y creatividad a las manifestaciones y asumían la iniciativa por lo que respecta a la desobediencia civil. Pero la gente joven del movimiento contra la guerra representaba una minoría dentro de su generación. Eso contrasta fuertemente con el movimiento contra la guerra de Vietnam: la mayoría de los activistas eran jóvenes, y el movimiento tenía su base en los campus. Durante las protestas contra la guerra de Irak, los campus estadounidenses han estado relativamente tranquilos. El movimiento contra la guerra de Vietnam se veía limitado por su identificación con la cultura joven. En esa época, mucha gente mayor opuesta a la guerra tuvo dificultades para encontrar un hueco dentro del movimiento. El reciente movimiento contra la guerra se vio fortalecido por la diversidad de generaciones que participaron en él. Pero la gente joven desempeña un papel especialmente importante en los movimientos sociales, y si hubiera tenido una mayor presencia en el reciente movimiento contra la guerra, el movimiento y sus perspectivas se habrían visto fortalecidos.

Una de las razones del nivel relativamente bajo de implicación de los jóvenes es la ausencia esta vez del reclutamiento forzoso. Pero, aparte de eso, sucede también que muchos jóvenes son reticentes a implicarse en actividades políticas. Existen factores prácticos: hoy en día los estudiantes de los colegios universitarios tienen menos tiempo libre que en los años sesenta y setenta. Pero el tiempo es un problema para casi todos los que quieran implicarse en actividades políticas. La juventud de hoy en día se ha criado en la cultura conservadora de las dos últimas décadas, que ha promovido el éxito material individual, y en la que las actuaciones colectivas por un mundo mejor a menudo parecían un vago recuerdo o un sueño lejano. Los jóvenes del movimiento antiglobalización (o antineoliberal) rechazan tales valores y profesan unos valores diferentes, pero la mayoría de los jóvenes absorben los valores predominantes, al menos en cierta medida. En el actual entorno ferozmente competitivo, rechazar esos valores tiene un precio. Las organizaciones estudiantiles y otras organizaciones juveniles contra la guerra que existen deberían recibir apoyo. El movimiento contra la guerra, o lo que salga de éste, debería animar a los jóvenes a encontrar sus propias formas de protesta y de resistencia.

Además de los problemas para llegar a la gente de color y a los jóvenes, el movimiento contra la guerra ha sido organizativamente frágil. La fragilidad está relacionada con el hecho de que este movimiento contra la guerra surgió casi de un vacío total de movimientos de izquierdas y por la paz en los Estados Unidos. El movimiento por la paz quedó seriamente desmoralizado después de la primera Guerra del Golfo. Hubo una considerable oposición pública a esa guerra antes de que comenzara, pero, en cuanto se declaró la guerra, gran parte de esa oposición se evaporó y, en dos semanas, el movimiento contra la guerra estaba casi hundido. A lo largo de la década siguiente, el movimiento por la paz languideció. En la izquierda, las organizaciones democráticas socialistas continuaron con un declive que ya llevaba décadas produciéndose. El hundimiento de la Unión Soviética, que algunos contemplaron inicialmente como la apertura de un espacio para una versión más positiva del socialismo, en realidad desanimó aún más a la izquierda, al eliminar el único obstáculo a la expansión del poder corporativo estadounidense. El principal signo de esperanza para la izquierda llegó a finales de la década, con el surgimiento entre los jóvenes de un movimiento antiglobalización de orientación anarquista (o, más correctamente, un movimiento anticorporativo o contra la globalización neoliberal), que se hizo visible para el público en Seattle, en noviembre de 1999. Dicho movimiento, que floreció durante más de un año en los Estados Unidos, sufrió un revés como consecuencia del ataque a las Torres Gemelas el 11 de septiem-

bre de 2001. Preocupados por el hecho de que cualquier manifestación podría provocar la represión oficial y la hostilidad del público, los activistas contra la globalización corporativa se abstuvieron de movilizar grandes protestas contra el ataque de la Administración Bush a Afganistán.

La organización que vino a llenar ese vacío fue International ANSWER, Act Now to Stop War and End Racism («Actúa Ahora para Parar la Guerra y Acabar con el Racismo»), formada poco después del 11 de septiembre por el Centro de Acción Internacional, en el que el Partido Mundial de los Trabajadores tenía un papel central. ANSWER movilizó con habilidad las manifestaciones contra la guerra de Afganistán y, cuando la Administración Bush empezó el calentamiento para el ataque a Irak, fue ANSWER la que irrumpió para movilizar las protestas. ANSWER fue capaz de hacerlo porque tenía experiencia en dichas tareas y contaba con la estructura organizativa necesaria. Los miembros del Partido Mundial de los Trabajadores habían desempeñado un papel parecido durante la primera Guerra del Golfo. Una coalición antiguerra alternativa, Unidos por la Paz y la Justicia, se formó a raíz de la preocupación porque ANSWER no lograra persuadir a un sector lo suficientemente amplio de la ciudadanía. Tanto Leslie Cagan, dirigente de Unidos por la Paz y la Justicia, como Bill Fletcher hijo, uno de los vicepresidentes, se identificaban públicamente como socialistas. Éstos y otros socialistas que ocupaban posiciones de liderazgo en el movimiento contra la guerra trabajaron con personas no socialistas para crear un movimiento más amplio. Unas doscientas organizaciones religiosas, sindicales y de otro tipo se unieron a la coalición formada por Unidos por la Paz y la Justicia, lo que aportaba esa base amplia de la que ANSWER carecía. En la costa Este, sobre todo en Nueva York, Unidos por la Paz y la Justicia se convirtió en una fuerza al menos igual de importante dentro del movimiento contra la guerra.

El movimiento contra la guerra de Irak funcionó en la atmósfera de una crisis que no remitía. Eso contribuyó a su fragilidad estructural. El movimiento tenía dos vertientes. Estaban las coaliciones nacionales, entre las que se contaban, además de ANSWER y Unidos por la Paz y la Justicia, No en Nuestro Nombre, Adelante —que utilizó internet para la movilización contra la guerra— y Ganar sin Guerra —que agradaba a un electorado predominantemente liberal, a la derecha de las demás coaliciones nacionales principales. Junto a las coaliciones nacionales, estaba la enorme cantidad de organizaciones locales opuestas a la guerra. Entre éstas se contaban los centros por la paz y otras organizaciones pacifistas que revivieron con el fermento de actividad contra la guerra de Irak, así como otros grupos formados para oponerse a la guerra de Irak. Los grupos y organizaciones opuestos a la guerra de Irak también incluían a innumerables organizaciones de otro

tipo, a iglesias y a otras organizaciones religiosas, a sindicatos y a organizaciones por la justicia social de todas las clases que dedicaron al menos parte de sus esfuerzos a oponerse a la guerra. Las iglesias, sobre todos las de clase media blanca, probablemente representaran el componente mayoritario de ese movimiento popular contra la guerra. La masiva participación de esas organizaciones de gente corriente, sobre todo la participación de tantos grupos parroquiales, en el movimiento contra la guerra otorgó a éste una enorme credibilidad.

El problema de la estructura en dos vertientes del movimiento contra la guerra era que ninguna de ambas era probable que sobreviviera después de la crisis que implicaba el ataque a Irak. Las coaliciones nacionales eran en realidad comités de organizadores nacionales, capaces de movilizar a enormes cantidades de personas para que asistieran a las manifestaciones, o firmaran declaraciones o aportaran dinero, en tiempos de crisis. La gran mayoría de las organizaciones locales del movimiento popular contra la guerra se habían formado en torno a cuestiones distintas de la guerra. En condiciones de crisis, robaban tiempo a sus preocupaciones habituales para oponerse a la guerra. Una vez que hubo remitido la crisis, la tendencia de dichas organizaciones era a retomar sus preocupaciones habituales. El patrocinio de las protestas contra la guerra por parte de las iglesias, los sindicatos y otras organizaciones con las que se identifica un gran número de personas sin duda atrajo a las manifestaciones a gente que de otro modo no habría asistido. Pero la mayoría de la gente que participó en las manifestaciones acudió con sus familiares o amigos, y no como miembros de un grupo organizado. Una vez disipada la atmósfera de crisis, eran pocas las vías para continuar con las actividades contra la guerra o incluso los foros para discutir sobre qué cabía hacer a continuación. Durante la Primera Guerra Mundial, en los Estados Unidos, el Partido Socialista ejerció como centro de las actividades contra la guerra. Durante la guerra de Vietnam, los Estudiantes para una Sociedad Democrática desempeñaron ese mismo papel.

Tal y como han señalado los activistas contra la guerra, la guerra de Irak es sólo el primer paso en los intentos de la Administración Bush de extender su poder. Los siguientes pasos quizás no impliquen guerras candentes. Los líderes de otras naciones que figuran como enemigas en el punto de mira de los Estados Unidos podrían calcular que es mejor cumplir con las exigencias norteamericanas antes de ser atacados. Sería una desgracia que el movimiento contra la guerra en los Estados Unidos sólo fuera capaz de responder a la guerra, o a las amenazas de guerra. En el pasado, eran grupos particulares los que concentraban las protestas contra la guerra (en los años sesenta, los estudiantes y la gente joven, por ejemplo). No había un solo

grupo que jugara ese mismo papel respecto a la guerra de Irak. Es improbable que surja una única organización que concentre una oposición sostenida a las ambiciones imperiales. Pero si no existen organizaciones con sus correspondientes afiliados para los activistas contra la guerra y contra el imperialismo, el movimiento se reanimará de crisis en crisis, en respuesta a los acontecimientos del momento, aunque será incapaz de desarrollar una estrategia a largo plazo.

Antes o durante la guerra, no hubo ningún intento de formar organizaciones antibélicas permanentes, lo cual se debió en parte al sentimiento de crisis en ciernes: a cada momento parecía como si la guerra pudiera comenzar en una o dos semanas, lo que no dejaba tiempo para nada más que movilizar las mayores manifestaciones posibles. En cierto sentido, la guerra continúa: Estados Unidos ocupa ahora Irak y las crecientes protestas iraquíes tendrán sin duda consecuencias imprevisibles para los Estados Unidos. La Administración Bush está emitiendo sonidos amenazadores hacia otros países. Sin embargo, este es un momento de relativa calma en el que podrí­an afrontarse temas como la estructura de un movimiento permanente anti-guerra/antiimperialismo. También podría ser buena idea apuntar a la relación entre la guerra y, en términos más generales, el avance hacia el imperio norteamericano y otras cuestiones.

Una de ellas es el medio ambiente, que está en peligro a escala global, debido al ritmo al que se están gastando el petróleo y otras reservas naturales. Hace falta desarrollar fuentes sostenibles y alternativas de energía y promocionarlas si queremos alejar una crisis medioambiental que podría adquirir tales dimensiones que la guerra nos podría parecer, en comparación, un mal menor. Una segunda cuestión, relacionada, es la cultura del consumismo en los Estados Unidos. Todo un conjunto de instituciones y de presiones sociales empujan a los norteamericanos a realizar unos gastos que parecen prometer una vida familiar feliz, seguridad, respeto de la comunidad, pero que, en realidad, atan a la mayoría de los norteamericanos a unas jornadas de trabajo cada vez más largas que socavan la familia y la comunidad. El hecho de encontrarse atrapado en esa cultura propicia el apoyo al imperio, porque éste proporciona el acceso a los recursos globales. Los jóvenes anarquistas critican mordazmente el consumismo, y algunos de ellos intentan encontrar el modo de vivir al margen del mismo. Es algo que funciona mejor para los jóvenes, sobre todo para los de familia de clase media con recursos en los que apoyarse cuando sea necesario, que para otros sectores de la población. La izquierda socialista podría no llegar a las mismas soluciones, pero debería empezar a conceder prioridad a la cuestión, porque está relacionada con el crecimiento de la dis-

tancia entre la riqueza y el poder de los Estados Unidos y los del resto del mundo.

El movimiento contra la guerra, si quiere ganar fuerza e impulso, debe vincularse al movimiento más general contra la globalización, y el movimiento contra la globalización debe vincular sus segmentos laboral y medioambiental de forma más eficaz. Para lograrlo, es necesario poner de manifiesto las relaciones entre producción y consumo en el capitalismo —por medio de la crítica del fetichismo de los objetos. No debería hacerse una guerra por petróleo, pero tampoco una guerra por el complejo autopetrolero, ni una guerra por el sistema de producción y consumo que hace que esos patrones de acumulación sean necesarios. Hasta que realice todas esas conexiones, el movimiento carecerá de fuerza duradera, de capacidad para coaligar sus diferentes elementos y de una praxis política con sentido.